

# Los campos de concentración franquistas, el ejemplo de Camposancos\*

**Miguel Paz Cabo**  
ES Siete Colinas, Ceuta

La historia reciente de Europa nos lleva a sentir en carne propia el horror vivido en los campos de concentración alemanes. En España, sin embargo, la mayor parte de la población desconoce —o niega activamente— la existencia de campos de concentración. Obras como *Los campos de concentración de Franco* de Carlos Hernández de Miguel, que ofrecen una visión general, global y detallada de los campos de concentración franquistas, son fundamentales. Galicia y A Guarda se encontraban huérfanas de una investigación sólida y documentada sobre su pasado más reciente.

José Antonio Uris Guisantes, quien lleva años en el trabajo para recuperar la historia del campo de concentración de Camposancos, y Víctor Manuel Santidrián Arias, publicaron recientemente *A porta do inferno. O campo de concentración de Camposancos na Guarda (Pontevedra)*, editado por la Fundación 10 de Marzo dentro de su *Colección Testemuños*, del que este libro es ya el número 13.

Para cubrir ese vacío historiográfico al que hacíamos referencia, los autores, que utilizan la hemeroteca, archivos munic-



pales, militares, ministeriales y familiares, parten en el primer capítulo, de una clara explicación del sistema concentracionario franquista, desde sus orígenes hasta sus motivos y particularidades. El segundo capítulo está dedicado a las características propias del sistema de campos de Galicia. La singularidad propia de Galicia dentro de la realidad bélica española de 1936-1939 y

\* Reseña de: José Antonio Uris Guisantes y Víctor Manuel Santidrián Arias, *A porta do inferno. O campo de concentración de Camposancos na Guarda (Pontevedra)*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2021, 143 pp.

la postguerra, es un elemento fundamental para entender este *A porta do inferno*.

En el tercer capítulo, Uris y Santidrián nos traslada, casi físicamente, hasta el campo de concentración de Camposancos. Se inicia con una clara explicación histórica, cómo un edificio inicialmente dedicado a la importación-exportación termina convirtiéndose en un centro de terror, tortura y muerte. En ese recorrido hasta su inclusión oficial en la lista de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros de Guerra (ICCP), tuvo un papel fundamental la Compañía de Jesús, que adquiere el edificio en 1875. La compañía mantuvo la propiedad del edificio hasta la disolución de la orden en 1932. La devolución del colegio a los jesuitas por parte de los franquistas fue en un primer momento parcial, pues una parte del edificio fue utilizada para la instalación del campo de concentración desde los últimos meses de 1937, cuando el frente norte republicano empieza a caer (págs. 39 y 40).

El amplio conocimiento de Uris y Santidrián sobre el campo, y el uso de gran cantidad de documentación permite a los autores reconstruir el campo de concentración. Ejemplo de ello es una de las sesenta y tres imágenes reproducidas en el libro, un detallado plano que se muestra en la página 35, y con el que podemos ver la convivencia entre iglesia, Estado y Falange. Los jesuitas eran los encargados de dar misa en el campo, una misa primero obligatoria y luego simplemente meritoria para redimir penas. El uso de fuentes orales en la investigación ayuda a reconstruir los pequeños actos de resistencia que los presos pudieron llevar a cabo, como voltearse en medio de una misa (pág. 46).

El número de presos que pasó por Camposancos sigue siendo a día de hoy debatido. Algunas fuentes lo sitúan en 4.000 personas, mientras que otras lo elevan a 5.000 (pág. 48). El campo tenía oficialmente una

capacidad para 868 internos según los datos recogidos por Uris y Santidrián en el Ministerio del Interior, sin embargo, el número de presos y presas al mismo tiempo fue muy superior, hasta 2.937 a raíz de la Batalla del Ebro. El hacinamiento de presos provocó la aparición de parásitos que dificultaban la vida de los internos

Más allá de las cifras, la importancia de este campo de concentración reside en gran medida en su papel de clasificación, a lo que Santidrián y Uris otorgan gran importancia. Camposancos fue el filtro por el que los presos republicanos provenientes de diferentes frentes de guerra pasaron antes de que las autoridades golpistas decidieran su futuro. Así, la entrada y salida de hombres y mujeres fue continua. Camposancos fue, como recuerdan los autores, de esos campos donde sí hubo mujeres internas. Y este es un detalle importante, y que no deja de llamar la atención del lector, por hacer diferente este campo de A Guarda respecto a otros campos gallegos y españoles, donde lo habitual era que las mujeres fueran separadas de los hombres y trasladadas a otros centros, como sucede en el extremeño campo de concentración de Castuera, investigado por Antonio D. López Rodríguez.

Muchos presos que llegaban de Asturias trataban de obtener algún tipo de aval de las autoridades locales de origen. Pero no todos lo conseguían. Avelino Fernández, una de las fuentes orales seleccionadas por los autores explica como con las primeras denuncias también llegaron los interrogatorios en el llamado por los presos «pabellón de la tortura». La lectura de estos pasajes, de la palabra tortura en primera persona, se acompaña con fotografías que ofrecen viveza al relato (pág. 39).

Es sabido que muchos acusados fueron condenados a muerte por rebelión. En este presente que nos toca vivir de poder judicial secuestrado, los autores de *A porta do*

*inferno* dan voz a una figura tan interesante como desconocida, al gallego Francisco Javier Elola y Díaz-Varela, quien fue fiscal general de la República y afirmó antes de ser ejecutado que el Estado franquista jamás podría utilizar la categoría jurídica de rebelde contra los republicanos.

Así, *A porta do inferno* nos traslada desde la interesante microhistoria de un campo de concentración hasta la historia de un país. Sirve esto para explicar de forma sencilla elementos tan complejos como el sistema concentracionario español. Una sencillez que, sin restar un ápice de profundidad los autores consiguen a la perfección.

El libro no es solamente un ejercicio de investigación, también constituye un ejercicio de memoria democrática, pues los autores dedican 53 carillas (págs. 82 -134) a plasmar en negro sobre blanco los nombres

de cada una de las personas que pasaron por este campo. Junto a los nombres y de forma muy detallada podemos ver un estudio estadístico sobre todos los Consejos de Guerra celebrados en el Campo y las condenas impuestas en cada caso.

No se olvidaron tampoco los autores de dedicar tinta a los victimarios. De todos ellos, que no son pocos, destaca las «breves pinceladas biográficas» a la figura del capitán Luis Vicente. Un ejercicio valiente y digno de mención.

En definitiva, *A porta do inferno. O campo de concentración de Camposancos na Guarda (Pontevedra)*, es una obra que une todo aquello que el lector amante de la historia local puede demandar, pero también todo aquello que el lector especialista en la historia contemporánea más negra de nuestro país puede necesitar.